

CARPE DIEM

“Grabad esto en vuestros corazones: cada día es el mejor del año”.

Ralph W. Emerson (1803-1882)

Miras el reloj de tu habitación y ves que son las cuatro y cuarto de la tarde. Una lluvia torrencial empapa el ventanal que tienes justo delante. Entre la densa niebla sólo distingues los aleros y canalones llenos de agua, las luces de un coche algo más allá. Las finas pastas de tu libro de Literatura contrastan con el volumen total del ejemplar, donde diminutas letras se pierden en un batiburrillo de palabras, párrafos y páginas sin fin. La cama, desafiante, no pierde detalle de tu agonía desde atrás. Tú aguantas la tentación de caer en sus placenteras garras, aunque ya no puedes más. De nuevo, tu vista vuelve al reloj de tu habitación, y contemplas, atónito que aún no ha pasado ni un minuto desde la última vez que lo consultaste. Y tú, reticente, te niegas a creer lo que en realidad sabes que es verdad; observas atento tu reloj de pulsera y te das cuenta de que es inútil seguir engañándote. Los libros, apilados encima de tu escritorio, son una montaña interminable. No para de llover. Tus ojos se entornan. Un bostezo se te escapa.

Recuerdas con nostalgia aquellos increíbles días de un verano que queda ya casi tan lejos como el buen tiempo. Huelen a salitre, saben a mar. Eres capaz de rememorar el rumor de las olas, destinadas a morir en la orilla para más tarde regresar a su hogar. Cae la tarde, el astro rey se va ocultando poco a poco y tú agachas la cabeza, haciendo una humilde reverencia a su majestad para no quedar cegado por su esplendor. Tus pies descalzos juegan con la arena de la playa. Dos gaviotas emprenden un vuelo simultáneo justo ahora. El cielo es un inmenso lienzo lleno de pinceladas de tonos amarillentos, rojizos y anaranjados que, en el horizonte, tiende a unirse fraternalmente con las aguas del mar.

Vuelves a la realidad contrariado. Sigue lloviendo. Tamborileas sobre tu escritorio con el bolígrafo y maldices en voz alta a aquel personaje anónimo al que un día se le ocurrió escribir el dichoso *Cantar de Mio Cid* que en este preciso momento tratas de estudiar. En fin, comienzas a leer el tema y de lo primero que te enteras es de

que el código está incompleto. La obra no está íntegra pero, eso sí, te tienes que aprender de memoria su estructura, métrica, temas, personajes, lenguaje y estilo. A ver quién es el listo que pone en el folio del examen que tus conocimientos sobre la lección, al igual que el *Poema de Mio Cid*, son incompletos y limitados.

Por lo visto, el protagonista de la historia se llama Rodrigo Díaz de Vivar, así que eso de “El Cid” debe de ser un mote o algo parecido. Averiguas que su caballo es Babieca y no Rocinante, como tu gran incultura te obligaba a creer. Al ver que su espada también tiene nombre, te pones un poco nervioso: como esto siga así, hasta su armadura y calzado van a tener apelativo. Paras para descansar un rato, que bien merecido lo tienes después de haber trabajado tanto.

Navidad: tardes de brasero, películas y palomitas. El muñeco de nieve que hiciste ayer permanece en su sitio, pero tú sospechas que ha estado toda la noche de aquí para allá, corriendo y saltando por tu jardín, aunque ahora esté ahí, tan quietecito. Tu padre, vestido de Papá Noel, hace su entrada triunfal para hacerte el niño más feliz del mundo. Tú, lleno de nerviosismo, le aseguras que este año te has portado mejor que nunca. El abeto del salón está lleno de regalos – todos abiertos, por supuesto –. Estás rodeado de trenes eléctricos, libros y chucherías. El fuego carraspea en la chimenea y una suave brisa mece las llamas. Villancicos y risas, palmas y cenas con toda la familia.

A ti te da igual que el *Poema de Mio Cid* tenga rima asonante o que se caracterice por su cesura. Sinceramente, no entiendes ninguna de las dos cosas. Te cuesta bastante digerir la verborrea del autor de tu libro de Literatura, que habla con total soltura de antítesis y pleonasmos, pasando por epítetos épicos y yuxtaposiciones.

Quedan dos segundos y tres décimas para el final del último cuarto. Un punto abajo en el marcador. Tiempo muerto. Tu entrenador trata de tranquilizaros aunque, en el fondo, él está un millón de veces más nervioso que vosotros. El público no para de gritar. Haces como que oyes la charla que ahora mismo os están dando, pero no comprendes nada. La bocina te recuerda que tienes que volver a la cancha. Más gritos. Recibes el balón. Un bote. Crees que vas a fallar. Superas la línea de tres puntos. Das un salto descomunal, te elevas por encima de los contrarios y sueltas el balón. Silencio. Sabes que vas a encestar. El reloj está a cero. No apartas la vista del balón. Va a entrar. Dos puntos. ¡Habéis ganado el partido! Gritos. Abrazos. Aplausos.

Definitivamente, en lo único que te identificas con el Cid es en el aspecto de la honra perdida, aunque con un ligero matiz: tú, sin duda, vas a acabar igual que el héroe como suspendas el examen, es decir, desterrado – o, mejor dicho, castigado sin salir –, aunque tendrás que hacer algo más que conquistar Valencia para recuperar tu estado actual.

Estás harto de estudiar, estudiar y estudiar; eso de hincar codos no va contigo. No para de llover. No estaría nada mal navegar por Internet, pero el problema es que tu portátil está, literalmente, bajo llave en tu propio armario – cosas de madres –. Vamos, que estás condenado a seguir en tu celda perdiendo el tiempo un poco más.

Su piel es suave y delicada; sus manos, una prolongación de su ternura. Miras sus ojos verdes y no puedes evitar abrazarla. Te pellizcas, a ver si todo va a ser un sueño, aunque tienes la certeza de que es real. El olor de su perfume es irresistible. Otro cruce de miradas; sus labios se funden con los tuyos en un beso. Deseas que el tiempo se pare en ese instante, que no avance nunca más, que no acabe. Ella acaricia tu mejilla y te dice que te quiere; tú no puedes hablar.

Esos Infantes de Carrión son unos malvados; el Cid no se merece más disgustos. Para ti, los paralelismos, perfiles dramáticos, latinismos y demás no tienen la más mínima importancia, pero esto ya es demasiado. Tú, después de tal ofensa, estás indignado. Coges tu regla a modo de Tizona, empezando a dar mandobles por tu habitación. La regla no se rompe de milagro, pero los pósters y la lámpara no corren la misma suerte. Llamas a voces a tu hermano para que sea tu Alvar Fáñez de Minaya, pero él no te hace ni caso.

Es, sencillamente, espectacular. Una lluvia de perseidas ilumina el cielo oscuro de agosto, inundándolo de belleza. Tú estás tumbado en el césped maravillándote ante tal espectáculo; sólo oyes a los grillos, escondidos tras la densa maleza cubierta de rocío, aunque, de vez en cuando, se escapan algunos ¡oh! de admiración. Parece como si el sol, ya oculto, hubiese dividido su ardiente corazón en pequeños trocitos incandescentes y móviles para hacer compañía a su buena amiga la luna. Te preguntas si habrá vida en otros planetas o, por el contrario, sois los únicos afortunados. La inmensidad del espacio te fascina, te hace sentir pequeño y extraño.

Ante tanto alboroto, tu madre se apresura a entrar en tu habitación. Cuando te ve estudiando, piensa que te has vuelto loco o algo parecido. Te toca la frente, no vaya a ser que tengas fiebre, pero nada de nada. Tú, sosteniendo tu espada improvisada entre las manos, tienes la ocurrencia de comentarle que te encuentras encima de Babieca – tu silla giratoria –. Cuando se lo dices, tu madre cae en la cuenta de que estás totalmente chiflado.

Ha dejado de llover. Abres la ventana y sientes el aliento de la humedad. Quizá no sea tan malo eso de estudiar si te lo tomas con un poco de humor y no malgastas tu precioso tiempo con quejas y lamentos. El pasado trae recuerdos maravillosos e imborrables, pero es sólo eso: pasado. El presente es cada paso al frente que das: hoy, ahora, en este preciso momento. El futuro aún está por llegar: quedan todavía segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años... Falta demasiado para que se haga presente. No quieres ser una de esas personas que añoran el pasado o anhelan el futuro; necesitas respirar cada instante del presente.

Unas nubes esponjosas aparecen en el cielo y tú imaginas mil y una formas con ellas. Guardas en un cajón el reloj de tu habitación y haces lo propio con el de pulsera. El Cid, seguido de sus fieles vasallos, se encamina hacia una nueva aventura y tú, ágilmente, te incorporas a tu silla para ir junto a él a la siguiente batalla.